

NO ERAN TRABAJADORAS, SOLO MUJERES

TESTIMONIOS
DE LAS HUELGUISTAS
DE LAS RESIDENCIAS DE BIZKAIA

Onintza Irureta Azkune

AUTORA

ONINTZA IRURETA AZKUNE

TRADUCCIÓN

MARIA COLERA INTXAUSTI

FOTO DE PORTADA

LUIS JAUREGIALTZO/ FOKU

FOTOS DE LAS MUJERES EN HUELGA

DANI BLANCO/ARGIA

OTRAS FOTOS

SINDICATO ELA

EDITORIAL

MANU ROBLES-ARANGIZ INSTITUTUA

IMPRESIÓN Y MAQUETACIÓN

ANTZA KOMUNIKAZIO GRAFIKOA

Lege Gordailua: SS-951-2019

ISBN: 978-84-09-14257-6



ESTA LICENCIA PERMITE RE-MEZCLAR, MODIFICAR Y DESARROLLAR SOBRE ESTA OBRA, SIEMPRE QUE SE NOS ATRIBUYA EL CRÉDITO Y SE LICENCIEN LAS NUEVAS OBRAS BAJO IDÉNTICOS TÉRMINOS.

ÍNDICE

Prólogo	7
Introducción.....	11
Un dinerito para ir de vacaciones	13
¿Las mujeres trabajan y los hombres negocian?	17
Una asamblea de cinco minutos: Las trabajadoras de Kirikiño van a la huelga	19
Cuando el Obispado es el patrón.....	23
A veces, las pequeñas conquistas suponen una gran victoria	27
«Nosotras somos las residencias de Bizkaia»	29
Enseñando los dientes a la reforma laboral española	33
Un salto cualitativo.....	37
UNA LUCHA EN PALABRAS E IMÁGENES.....	41

EXPERIENCIAS DE OCHO HUELGUISTAS

Ainhoa Menéndez Llamosas.....	67
Maribel Sampedro Martínez	75
Marina Costa Bonome.....	85
Verónica Aguado Otero eta Lara Góngora Góngora	99
Aitziber Tolosa Contreras.....	111
Kontxi Rodríguez Palacios.....	119
Marisol Rueda Espinha.....	129
Vidas que se transforman	139

PRÓLOGO

En la épica de la lucha obrera, ha habido pocas mujeres.

Sujetamos a los bebés en brazos en los cuadros, pedimos pan y rosas, o marchamos al lado de “nuestros” hombres... pero pocas veces la épica de la lucha obrera la hemos escrito nosotras.

Porque la lucha obrera ha entendido demasiado tiempo que la principal opresión es que los patrones robaran la fuerza de trabajo a los hombres que dejaban cada día sus casas para ganarse una supervivencia que llegaba justo para que no se murieran.

La lucha obrera se ha dibujado en fábricas, talleres, minas, cadenas de montaje, obras, barcos, campos... se ha pintado con brazos fuertes, manos grandes, barbas y voces graves. Y así ha quedado un cuadro en el que – al menos parte de– la lucha obrera sigue pensando que la principal opresión que se da en el capitalismo, es la opresión de clase. Como si no hubiera opresiones –y opresores– dentro de la misma clase.

La lucha obrera ha pensado poco, y ha luchado menos, por todas esas mujeres que construyeron una red invisible pero indestructible para que los hombres, de vuelta a casa de esas fábricas, esos talleres, esas minas, siguieran

vivos. Y sus hijos. Mujeres que daban de comer, de dormir, de beber, de cuidar en la enfermedad y en la vejez a los eslabones de la cadena de montaje, que cosían las redes que pagaban los barcos, que se agachaban igual que ellos en los campos.

La lucha obrera ha reconocido que siempre ha habido mujeres trabajando, pero sólo lo ha hecho cuando trabajaban al lado de ellos, igual que ellos, seguramente cobrando menos que ellos.

Pero la épica de la lucha obrera no ha sido justa con las mujeres cuya fuerza de trabajo ha sido robada desde que supieron fregar hasta la muerte, sin jornadas de ocho horas ni bajas remuneradas ni vacaciones pagadas. Con las que parían fuerza de trabajo, alimentaban y cuidaban fuerza de trabajo, garantizaban que siguiera habiendo fuerza de trabajo, con su trabajo. Al que nadie, ni ellas mismas, llamaban trabajo.

El único trabajo verdaderamente imprescindible y sin el que no sobreviviría el capitalismo, pero tampoco la especie humana, es cuidar. Y cuidar es un trabajo que el capitalismo nos ha impuesto a las mujeres, y ni siquiera se ha dignado en pagar mal nuestra fuerza de trabajo. Nos ha obligado a cuidar por amor, por culpa, por costumbre, por mendicidad, para que no nos señalen o para que no nos maten.

Y, cuando ya no teníamos –ni siquiera entre todas– amor para cuidar a toda la humanidad, y para seguir dando mano de obra baratita a un mercado que nos pagaba en aire... pues empezaron a pagarnos.

Cuidar se convirtió en un trabajo de verdad, porque era un trabajo pagado. El trabajo peor pagado de todos.

El trabajo más precario de todos. El trabajo con menos derechos de todos. El trabajo más feminizado de todos.

El trabajo que siempre ha sido nuestro trabajo.

Yo conocí la conciencia feminista a la vez que la de clase, porque en mi casa todo el mundo trabajaba mucho, pero las mujeres no cobraban. Y ellas eran conscientes de que eso era injusto, pero era lo que había. Y ellos creían que eso era lo que tenía que haber.

Por eso no entiendo el feminismo, si no es lucha obrera. Y por eso no entiendo la obrera como una lucha, si no es feminista.

Por eso no tuve que hacer muchos análisis para entender que la lucha de las trabajadoras de las residencias de personas ancianas de Bizkaia era una lucha obrera y feminista.

Porque pedían mejores condiciones laborales, pero también mejores condiciones de trabajo. Pedían cobrar un salario más justo, pero también más tiempo para que el cuidado de las personas con las que trabajan no fuera ganadería, fuera cuidado. Y así podrían sentir que lo suyo no era supervivencia, era trabajo.

Un sector masivamente feminizado, vergonzosamente precarizado, en el que se mercantiliza hasta convertir en una cadena de montaje el cuidado, es una lucha obrera y feminista. Y es una lucha feminista y obrera.

Por eso no dudé en hacer lo que me pidieron para convencer a quien tuviera dudas de que esto era una lucha feminista. Por eso me emocioné cuando me pasaron el megáfono en una de sus movilizaciones. Por eso supe que iban a ganar el día que estuvimos animándolas en

la acampada en el Arriaga. Por eso guardo esa camiseta verde de mujeres valientes, que estuvieron más de un año peleando. Y que ganaron la lucha, pero perdieron mucho. Que se cansaron, que se quemaron, –algunas hasta se divorciaron–, que se enfadaron, que se enfrentaron a patronos que se agarraban los huevos, porque sólo respetan eso.

Ellas no tenían ni idea de hasta dónde iban a llegar, por eso empezaron la lucha. Creo que son un ejemplo por muchas cosas: por lucha obrera y feminista, por valientes, por ganar a los que se agarran los huevos, por pelear no sólo por ellas, por saber que algunas tienen que perder mucho, para que no lo perdamos todo...

La épica de la lucha obrera está llena de mujeres feministas. La épica de la lucha feminista está llena de mujeres obreras.

Gracias por ser ellas.

Irantzu Varela Urrestizala

INTRODUCCIÓN

Una huelga de 378 días. Al principio, iban anotando cada día en una libreta. Pero llegó un momento en que, después de tantos días en huelga y en vista de la magnitud que había alcanzado la protesta, las trabajadoras de las residencias de mayores de Bizkaia dejaron de anotar los días. El gran riesgo de una huelga prolongada es que acabe minando las fuerzas de las huelguistas. Las patronales tampoco se esperaban que aquella huelga fuera a durar tanto: «¿Cuánto aguantarán?».

Pero aguantar tanto acabó beneficiando mucho a las huelguistas. Las camisetas verdes se hicieron conocidas en Bilbao, en Bizkaia, en el País Vasco y más allá de nuestras fronteras. Poco a poco, los medios comenzaron a interesarse por ellas y pudimos saber que la gran mayoría de las trabajadoras del sector eran mujeres, que estaban hartas de sus condiciones de trabajo, que percibían un salario muy bajo y que nuestros mayores no estaban adecuadamente atendidos. Nos hicieron saber que la suya no era una lucha exclusivamente laboral, sino que también era una lucha feminista. Denunciaron que estaba en juego la dignidad del trabajo de cuidados y que ellas estaban pagando las consecuencias de la apuesta privatizadora de las instituciones públicas... Fueron informando de su lucha de manera puntual. Acudieron a los medios, tomaron las calles de Bilbao, recorrieron Bizkaia, organizaron marchas a pie, montaron en piragua y en vele-

ro... Hicieron llegar su reivindicación a todas partes, acompañadas de cantos y sonrisas, unas veces, y expresando su rabia a gritos, otras.

Aguantar y persistir. La patronal y la Diputación Foral de Bizkaia se mostraban incómodas, incrédulas ante la persistencia de aquellas trabajadoras, que se mantenían en las calles día sí día también.

Eran mujeres muy diversas las que decidieron salir a la huelga y experimentaron un proceso de empoderamiento individual y colectivo muy significativo. Algunas ya contaban con experiencia en la lucha sindical y feminista, unas pocas eran delegadas de ELA, pero la mayoría había vivido con miedo a levantar la voz para exigir mejores condiciones de trabajo.

En las páginas que siguen tendréis ocasión de conocer a ocho de estas mujeres: Kontxi Rodríguez Palacios, Maribel Sampedro Martínez, Ainhoa Menéndez Llamosas, Marina Costa Bonome, Verónica Aguado Otero, Lara Góngora Góngora, Marisol Rueda Espinha y Aitziber Tolosa Contreras.

Querían contarnos la gran huelga y, al final, nos han hablado tanto de la huelga como de su experiencia particular en sus centros de trabajo, en sus residencias de mayores. Son historias duras, plagadas de dolor, de miedo, de rabia... y del orgullo y la alegría de la victoria. En algunas pocas ocasiones se les han llenado los ojos de lágrimas, pero la mayoría de las veces se ha acabado imponiendo la sonrisa de la firmeza.

Antes de proceder al relato de estas mujeres echaremos la vista atrás, a la década de los ochenta del siglo pasado. Y es que este tipo de huelgas no surgen de la nada. En este libro hemos querido desgranar las claves de la apuesta realizada por el sindicato ELA en este sector y mostrar el proceso de empoderamiento de las cuidadoras de las residencias.